

CARTA PASTORAL NÚMERO 42

- El sacerdote es un ministro y representante de Dios en la tierra, que fue ordenado para predicar, enseñar, catequizar y difundir la sana doctrina, heredada de nuestro Señor Jesucristo y de los apóstoles. En Colombia siempre existió respeto y veneración por los ministros de Dios, pero, a partir de la Revolución Bolchevique, se desataron el odio y la persecución contra los sacerdotes.
- Monseñor Builes explica, brevemente, lo que es el martirio y la causa de la muerte de algunos de ellos por defender la verdad durante la violencia bipartidista desatada en Colombia desde el Bogotazo.

11 de febrero de 1951

NUESTROS SACERDOTES MÁRTIRES

Monseñor Miguel Ángel Builes

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Santa Rosa de Osos, al venerable clero y a los fieles de nuestra Diócesis, salud y bendición en el señor.

El tristísimo estado de la humanidad en los momentos que vivimos, lejos de abrir el corazón a la esperanza, le oprime y le colma de angustia y de terror, por los presagios de tempestad y de desgracias mundiales sin cuento que se ciernen amenazantes sobre nuestras cabezas.

Los hombres se han retirado de Cristo y ese alejamiento crece día por día, hora por hora, trocándose ya en odio franco a su divina Majestad y a todo cuanto toca con Dios. La humanidad se endiosa a sí misma y no admite otro Dios; por eso quiere eliminar la divinidad y con ella toda religión, de manera especialísima la religión de Cristo. La humanidad está partida en dos bandos gigantescos. Una enorme porción de ella se alza furiosa contra la otra; el mundo se estremece de pavor ante la perspectiva de una nueva conflagración que bañará en sangre toda la haz de la tierra y hará que desaparezca la casi totalidad de la humanidad, como lo enunció nuestro Señor en su aparición de Heede, Alemania del Norte, con estas palabras:

“Los hombres no creyeron a mi santísima Madre cuando apareció en Fátima, y los exhortó a penitencia. Por eso vengo Yo mismo, en esta última hora, a prevenir y exhortar a los hombres. Los tiempos son graves, los hombres tienen que hacer penitencia, apartarse de todo corazón del pecado; tienen que orar para apaciguar la cólera de Dios”.



Y en una publicación de la *Diffusion Mariale*, con aprobación eclesiástica, leemos: "Este nuevo azote será corto, muy corto, y seguido inmediatamente del triunfo de los servidores de Dios. La casi totalidad del género humano desaparecerá por este inaudito castigo, pero los que sobrevivan servirán al Señor con temor y con amor".

Este anuncio terrible lo confirma el Papa en su alocución de Navidad del año pasado cuando dice:

"Si hoy ocurriera un conflicto lamentable, las armas serían tan destructivas, que dejarían la tierra anulada y vacía (cf. Génesis 1, 2), sería un caos de desolación, como un desierto sobre el cual el sol no se eleva, sino se pone".

¿Y nuestra patria cómo se encuentra en la actualidad? Las hordas inhumanas dirigidas por jefes sanguinarios que se esconden en la sombra la tienen bañada en sangre inocente de hermanos. Desde 1930 hasta el 9 de abril de 1948 y desde este día nefando hasta el momento en que vivimos, esas hordas, en nombre de un partido político, se han trocado en el Caín de la familia colombiana, que elimina sin misericordia a su hermano Abel, es decir, a hombres, mujeres y niños, culpables solo del crimen de pertenecer al partido político que defiende la religión y llevar en sus frentes el sello del Cordero. Esos Caínes asesinan sin piedad y atropellan todos los derechos divinos y humanos, sobre todo entre la selva y en los caseríos lejanos.

Ved aquí el estado del mundo y de Colombia: tras la incredulidad, la indiferencia y la corrupción de costumbres, vienen el odio infernal y la más espantosa crueldad, segando vidas humanas, pisoteando el quinto mandamiento de la Ley de Dios y vertiendo a torrentes sangre de cristianos.

I

El quinto mandamiento

Recordemos brevemente lo que manda el quinto mandamiento de la ley de Dios, según la doctrina cristiana: *No matar*. Dios prohíbe matar porque Él es el único dueño de la vida del hombre. En el quinto mandamiento se manda no hacer mal a nadie, ni en hecho ni en dicho ni aun por deseo. Peca contra el quinto mandamiento el que a sí mismo o a su prójimo desea la muerte o algún otro mal o le tiene odio; el que a otro mata, hiere o da de golpes; el que se embriaga, come cosas nocivas a su salud, pone en peligro su vida indebidamente o se la quita y el que a sí mismo o a otros maldice o los escandaliza.

II

Colombia bañada en sangre

Contra este precepto divino se han lanzado en orgía de sangre, especialmente desde 1930, los afiliados del partido liberal, como si ellos fueran los dueños de la vida y de la muerte; ese furor de tigres, sedientos de sangre, se ha recrudecido de manera incontenible en los últimos años, especialmente a partir del horrendo 9 de abril de 1948, con una sevicia que asombra y que se explica solo por el olvido de Dios y de su ley santísima, y por la impunidad que ha reinado en los últimos cuatro lustros. Esa impunidad, madre fecunda del delito, ha sido la causa principal de la fantástica multiplicidad de los asesinatos, del bandolerismo desenfrenado y otros nefandos crímenes de que han sido víctima propiciatoria algunos departamentos e intendencias de la República, especialmente los Santanderes, Boyacá, los Llanos Orientales, el

Valle del Cauca, Caldas, Bolívar y Antioquia. Sin embargo, el quinto mandamiento de la Ley de Dios sigue resonando en todos los oídos: *no matarás*.

1.º De 1930 hasta el 9 de abril de 1948

La historia de este período no puede ser más dolorosa, ya que no menos de 12.000 colombianos cayeron en los Santanderes y Boyacá, bajo el plomo fratricida, el puñal alevoso y la horrenda llamarada de fuego que consumía casas y haciendas, familias enteras y ganados. Lloraba entonces el excelentísimo señor Rafael Afanador, obispo de Pamplona, repitiendo como la madre de Belén, ante los millares de hijos de su corazón, que multiplicaron los habitantes de los camposantos de su diócesis, o volaron hasta los espacios, convertidos en cenizas por la furia roja de los que acababan de escalar el poder.

Y, ya desde entonces, no se contentaban los esbirros con eliminar a los laicos, hombres, mujeres y niños, sino que se ensañaban contra los sacerdotes, ministros de Dios, imitando a los asesinos rojos de España, México y la Rusia soviética. Ignoraron la grandeza y excelencia del sacerdocio católico, que define como sigue el Santo Padre en la exhortación *Menti Nostrae*, del 23 de septiembre de 1950, al clero católico:

Lo que es el sacerdote.

“El sacerdocio es verdaderamente el gran don del divino Redentor, quien, para perpetuar la obra de redención del género humano, llevada a cabo por Él sobre la cruz, transmitió sus poderes a la Iglesia, a la cual quiso hacer partícipe de su único y eterno sacerdocio. El sacerdote es un *alter Christus*, porque está señalado con indeleble carácter que lo configura al Salvador; el sacerdote representa a Cristo, el cual dice: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Juan 20, 21); “Quien os escucha a vosotros, a mí me escucha” (Lucas 10, 16). Iniciado, por divina vocación, en ese augustísimo ministerio, “constituido en favor de la gente en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (Hebreos 5, 1). A él, por lo tanto, es necesario que recurra quien quiera vivir la vida de Cristo y desee recibir fuerza, ánimo y aliento para el alma; a él le pedirá la medicina necesaria, todo el que quiera resucitar del pecado y tomar el recto camino. Por tal motivo, todos los sacerdotes pueden aplicarse a sí mismos las palabras del Apóstol: “Nosotros somos colaboradores de Dios” (1 Corintios 3, 9).

A pesar de eso, los mismos hijos de una patria cristiana y que se dicen católicos han sido capaces de poner sus manos sacrílegas en la persona de muchos sacerdotes del Señor, como pasamos a referiroslo.

Pero os advertimos, amados hijos nuestros, que esta pastoral no tiene otro objeto que el de haceros conocer estas páginas cruentas y oscuras de nuestra historia, y rogaros que hagáis obras de reparación a la Divinidad. No queremos, pues, excitar venganzas ni provocar represalias, sino perdonar de corazón y rogar a Dios que tenga compasión de nosotros y salve a Colombia.

A-Martirio del padre Gabino Orduz

Ved cómo fue asesinado el primer sacerdote. En la población de Molagavita, Santander del Sur (sic), el 29 de junio de 1931, día de San Pedro y San Pablo, en una sangrienta asonada roja, el jefe de la Policía, acompañado de sus correligionarios políticos, asesinó de un balazo, por la espalda, al virtuoso párroco, presbítero doctor Gabino Orduz, cuando había salido, con indecible valor sacerdotal, a auxiliar a los moribundos que iban cayendo bajo las balas fratricidas, y con los brazos en cruz imploraba misericordia para sus feligreses que estaban siendo acribillados

a balazos, por los mismos agentes y la chusma liberal. La presencia del sacerdote enardecó la furia roja y, víctima de ella, cayó mortalmente herido. Moribundo, fue conducido por los feligreses a la casa cural, donde le fueron administrados los sacramentos por un misionero. Durante una hora de terrible agonía, pues la bala le perforó un riñón y los intestinos, edificó a los que le acompañaban con el ejemplo de sus insignes virtudes y, como digno ministro de Jesucristo, expiró perdonando a sus verdugos.

Al martirio del padre Orduz hay que agregar el del señor presbítero José de los Santos Ruiz, párroco de Bochalema. Al regresar de un campo, donde había ido a ejercer sus ministerios, cayó en compañía de su padre, en una emboscada roja, el 30 de mayo de 1932.

Solo la Providencia adorable de Dios libró de la muerte, a manos del liberalismo, que acababa de subir al poder, a los señores presbíteros José de Jesús Trillos, cuya casa fue totalmente destruida; Daniel Jordán, a quien intentaron asesinar en Málaga con un taco de dinamita, en la casa cural; a los padres Gonzalo Godoy, Esteban Mendoza, Crescenciano Jaimes y Carlos Saúl Solano, perseguidos a bala por los esbirros del gobierno.

Probó entonces el liberalismo, como lo había probado en los tiempos de los López y Mosqueras, los sentimientos de odio a la Iglesia y a sus ministros, y como lo viene demostrando con argumentos sangrientos en estos últimos años.

Es de advertir que en esa época, y hasta el 9 de abril de 1948, no aparecía el comunismo como autor de estos asesinatos, sino el liberalismo, llana y sencillamente. Por tanto, estos asesinatos de sacerdotes no fueron realizados por los comunistas, como pretenden hacerlo creer, sino por el liberalismo, dueño ya del poder.

B- *Martirio del padre Modesto Arnáus, C. M. F.*

Y más tarde, el 15 de marzo de 1947, caía acibillado a balazos el reverendo padre Modesto Arnáus, misionero del Inmaculado Corazón de María, "asesinado por un capitán liberal mandado por el Directorio Intendencial del Chocó"⁶⁹.

Transcribimos, de la obra *Perfiles de martirio*, el triste relato de la muerte cruenta del benemérito misionero, hecho ocurrido en Catrú, el Chocó:

"El día 14 (de marzo de 1947) vio el padre Arnáus al capitán José Ayala subir en una embarcación; supuso el padre que el objeto de su subida sería ganarse a los muchos indios del río y conducirlos a Puerto Echeverri para que diesen su voto en las elecciones del día 16, domingo. Según manifiestan las hermanas, el padre estuvo desde ese momento hondamente preocupado, saliendo con frecuencia a mirar al río".

"El día 15, a las tres de la tarde pasaba de regreso por el Colegio, con un buen número de indios, a quienes el capitán tenía atemorizados con sus amenazas".

"El padre Arnáus, al verlos bajar, desde este lado del río les hizo señas para que se arrimaran al Colegio, pero Ayala los arreaba, diciéndoles que mataría al que se quedara atrás. Ante esta actitud de Ayala, el padre Modesto bajó a la orilla del río. Había allí dos trabajadores del Colegio, a quienes les ordenó que le pasasen en la canoa al otro lado del Catrú. Los obreros no quisieron obedecer al padre porque, según dijeron, Ayala era un hombre muy malo y podía pasarles algo. El padre les echó en cara su cobardía y, llamando a unos cholos, mandó que lo pasaran al otro lado del río: estos, aunque a disgusto, lo transportaron a la opuesta orilla, donde estaban varios de los indios venidos con Ayala".

⁶⁹ *Perfiles de martirio*, p. 55.

“El padre se dirigió hacia ellos, mientras Ayala hacía ademán de arrear a los que habían quedado atrás”.

“El padre comenzó a aconsejar a los indios que se detuvieran allí, haciéndoles saber que en el internado estaban sus hijitos, que todos ellos sabían que encontraban siempre allí la comida, las medicinas para sus enfermedades, las ropas para vestir, las herramientas de trabajo y el amparo y remedio para sus necesidades. Los indios, oyendo hablar así al padre, le obedecieron al instante, desocuparon sus canoas y salieron a la playa; en ese intervalo pasó adelante la canoa en que iba José Ayala y los que la conducían. El padre, deseoso seguramente de lograr que los indios que acompañaban a Ayala se quedaran allí también, se adelantó playa abajo hasta alcanzar aquella canoa, que ya había arrimado a la orilla. Hablando el padre a los indios, le interrumpió Ayala, diciendo que por qué se metía en la política y que no tenía por qué detenerlos allí. El padre, según declaración unánime de todos los indios que escuchaban, se limitó a contestarle que no se estaba metiendo con él, sino con los indios, y al momento dio la vuelta para retirarse con los indios. No había dado la vuelta completa cuando Ayala alzó su escopeta y disparó sobre el padre”.

“Al caer el padre en tierra, quiso levantar la rodilla pero no pudo y cayó definitivamente boca abajo con los brazos un tanto levantados al cielo. Ayala le miró un momento y, al ver que no se levantaba, escapó a toda velocidad”.

“Los indios, al oír el disparo y al ver al padre caer al suelo, huyeron despavoridos, unos a las canoas y otros al monte; cerca del padre permaneció tan solo una indiecita arrodillada, hasta la llegada de las hermanas”.

“Los cholos que estaban diseminados por la playa intentaron irse a sus casas, pero las hermanas les aconsejaron que se quedaran para ayudarles a enterrar al padre, y así lo hicieron en su mayoría”.

“Ni una queja, ni un gesto de terror: su último ademán fue arrodillarse sin duda para pedir perdón por el tirano y la protección para los que quedábamos en tanta desolación; pero la muerte lo venció, extendió sus manos al suelo, hizo esfuerzo como para incorporarse de nuevo, y cayó muerto. A poco de morir, como una ola de sangre circuló por su rostro, enrojeciéndolo ligeramente. Luego se tornó pálido y sereno, y su boca dibujó dulce sonrisa; al cerrarle los ojos, sombreados por su amplia frente, parecía estar meditando, proyectando planes que desarrollar desde el cielo en favor de esta ingrata región; en fin, parecía un mártir del circo romano, tendido sobre la arena, enfrente, precisamente, de la corriente, en donde cinco años antes tuvo la dura prueba de ver sumergirse en las aguas a su querido hermano, el sentido padre Francisco Velasco...”⁷⁰.

Estos asesinatos sacrílegos de santos sacerdotes fueron como un remedo de los cometidos en España en los tiempos de Azaña y un ensayo de lo que tenían planeado para el 9 de abril. En esta luctuosa fecha no se bañó en sangre sacerdotal toda la superficie del territorio patrio porque Dios, que gobierna desde arriba, confundió a los enemigos de los sacerdotes y les desvió de sus malignos propósitos.

70 *El Mensajero del Corazón de Jesús*, julio y agosto de 1948, p. 394.

Sin embargo, muchos fueron encarcelados, maltratados, apaleados y salvajemente ultrajados, de palabra y de obra, y dos de ellos asesinados en el departamento del Tolima: el padre Pedro María Ramírez Ramos, santo párroco de Armero, y el padre Simón Zorroza, español que visitaba el caserío de Alvarado. Además, fueron mortalmente heridos y dejados como muertos en Rioviejo, departamento de Bolívar, los dos padres javerianos Eutimio Múnera y Juan Bautista Melo Gálvez.

Queremos relatar estas lúgubres historias, aunque comprimidas, porque los católicos deben recordar lo que es el liberalismo, aun el que ha dado en llamarse católico, sin serlo, antes bien, deseando la eliminación del catolicismo que dicen profesar y haciendo lo que está de su parte para destruirlo.

C- *Martirio del señor presbítero doctor Pedro María Ramírez*

Era el 10 de abril de 1948, al día siguiente del horrendo 9 de abril.

En la población de Armero servía a Dios un santo ministro suyo, el señor presbítero doctor Pedro María Ramírez Ramos, piadoso y santo, cuyo ideal único era glorificar a Dios y salvar las almas.

“Al rugido de un beodo, la chusma se desboca por las calles acechando a su presa. La víctima sale por la opuesta esquina, a refugiarse en el Expreso Tolima, pero la voz de una sirvienta llama a los perseguidores, que se lanzan como un hato de hienas y, entre golpes y coces, ultrajes e improperios, lo arrastran hasta la esquina del parque, en donde un grito estentóreo da la orden fatídica:

“¡No le den más planazos; denle con el filo!”.

“Brilla al sol, como una centella, el machete blandido que da el primer golpe sobre el hombro. El Padre se arrodilla, con las manos juntas, mientras susurra palabras de perdón. La sangre salta como una cascada trémula. Pero el machete brilla otra vez con cárdeno reflejo”.

“El nuevo golpe cae en la mitad de la cabeza. Y mientras el cuerpo se desmaya, un nuevo machetazo se hunde sobre la oreja”.

“Ya no hay vida. Pero todavía hay odio en los verdugos. Le arrebatan la sotana para jugar con ella. Y a poco toman el cuerpo semidesnudo, para arrastrarlo en procesión macabra”.

La chusma lleva el cadáver a las puertas del camposanto, donde es arrojado y pisoteado por las hijas de la crápula. Esa noche vendrán a buscarlo damas caritativas para darle sepultura, y darán con villanos que se lo impiden. Solo el domingo siguiente el sepulturero cavará una fosa superficial, por órdenes del médico, y ocultará aquel rastro sagrado de la tragedia”.

- *Martirio de los padres javerianos del Seminario de Yarumal Eutimio Múnera y Juan Bautista Melo Gálvez*

Transcribimos ahora el martirio de los javerianos Eutimio Múnera y Juan Bautista Melo Gálvez. La tragedia se desarrolla en Rioviejo, municipio del departamento de Bolívar.

"Son las 8 de la noche del 9 de abril. El incendio de la revolución arde en todos los ámbitos del país. ¡Las fuerzas del mal andan sueltas, incontroladas, gritando incendios, sacrilegios, matanzas! ¡La voz de destrucción cruza el horizonte en un clamor de infierno!".

"Los gritos caverneros, salidos de los radios de las cantinas, acuchillan el silencio y estremecen la soledad. Hierve el poblado en gentes que corren desde los portales, y en un santiamén el instinto pone en las manos de todos las botellas de ron, eterno escarbador de las ferocidades dormidas. De allí en adelante... fue el desbordamiento de la locura colectiva".

"Los padres Múnera y Melo corrieron al templo. La camándula dejó pasar sus cuentas entre los dedos temblorosos. 'Santa María, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...! "

" 'Los curas disparan desde las torres y conventos', gritaban las radios capitalinas. Y la gente ignara de Riovejo creía que eran sus curas quienes se parapetaban para matanzas y ruinas. 'Hay que acabar con los curas asesinos', repetía la diabólica y calculada calumnia. Y los rioviejeros, en el histerismo del alcohol y la pasión política, marchaban a ultimar a dos indefensos sacerdotes que, por única arma, empuñaban sus Cristos de misioneros".

"En la destartalada capilla se oprimían los pechos. El murmullo del rezo se paralizaba a veces, se elevaba otras, con cadencias de apremiante reclamo. La luz de la lamparita del sagrario se empinaba sobre los bordes del vaso, y se hundía luego para prolongar una queja en el frío del agua en que flotaba el aceite".

"De repente, una de las ventanas del templo se vino al suelo, desastillada por los hachazos del asalto. Un disparo dejó una estela de humo vacilante en el ámbito sagrado, y echó a volar los murciélagos despavoridos".

"-¡Curas tales, curas tales! ¡La cosa es con machos! ¡Somos muy machos!, gritaban desde afuera las voces aguardentosas".

"-¡Adentro están los curas disparando. -Las puertas chirriaban con angustia, batidas sobre sus goznes y lanzaban astillas silbantes. Una de las laterales cayó con sordo estruendo. La turba irrumpió clamorosa sobre las naves del santuario".

"En uno de esos arranques que precipita el valor o la inconsciencia, se lanzó el padre Melo al encuentro de la turba. Su voz se elevó sobre la infame grito y sus brazos se abrieron en cruz".

"-¿Por qué queréis matarnos? ¿Porque visitamos vuestros enfermos, bautizamos vuestros hijos, adoctrinamos vuestras almas y queremos llevaros al cielo?".

"La muchedumbre enmudeció un momento. Tienen las masas esa rara sicología de la incertidumbre, ante el arrojado de los perseguidos. Pero no es más que la quietud de la hoja sacudida por la tempestad, que espera la nueva racha del huracán".

"Un negro macizo blandía el largo filo de su machete. Ante los ojos del misionero desfiló allí el recuerdo de la magra figura del padre del energúmeno, que todos los días recibía en la puerta de la casa cural la cariñosa limosna".

"Una detonación repercutió con ecos siniestros. Un hombre de la turba acababa de hacer blanco con su escopeta en el padre Eutimio que, vestido de roquete y estola, abría el sagrario para llevarse el Santísimo. 18 metros eran distancia para una buena puntería. Las 101 municiones que agujerearon las carnes hicieron del cuerpo del padre un silencioso surtidor de sangre, que corrió en hilos menudos en el lugar misterioso de las inmolaciones incruentas, donde tantas veces se había oído quedamente el *Hic est calix sanguinis mei...* sobre el jugo bermejo de las vides".

"El padre Múnera lanzó un hondo lamento y, como un lirio, se dobló sobre las gradas del altar, mientras corría a su lado el padre Melo, a socorrer a su hermano sacerdote".

"-¡Me mataron, padre! ¡Absuélvame! ¡Deme el santo viático!, y entregaba la llave del tabernáculo, de que fue guardián por el querer de la Iglesia".

"El libro de los salmos nunca cayó de las manos del que tiene el encargo de orar a nombre de toda criatura".

"-Aquí está, Padre Melo, la absolución general".

"-¡Aplíqueme la indulgencia plenaria!".

"Los dedos del herido tatuaron de sangre la página sagrada".

"-¡Una sola recomendación, padre! ¡Avisé a mis padres y consuele su pena. Ahora, los santos óleos!".

"La turba formaba corros estrechos a alguna distancia de las puertas del templo. El padre Melo midió rápidamente el peligro. Pero, ¿cómo negar los últimos consuelos al hermano moribundo? Avanzó cautelosamente por la iglesia y buscó salida hacia la casa cural, por una puerta lateral en busca de los santos óleos".

¡Por ahí va!, gritaron".

La multitud se lanzó sobre él, enceguedada de furor. Las bocas de las escopetas se tendieron quebrando en sus cañones la luz de las farolas".

El misionero quiso huir, ¿pero a dónde? -¿Por qué me van a matar...?".

El pelotón se precipitó sobre él, entre denuestos e injurias. Al empuje brutal de la turba, cayó el padre al suelo entre puños brutales, cerrados, que se descargaban coléricos. Los garrotes molieron su cuerpo. Como lamentos salía la plegaria de los labios convulsos, repetida con angustia:

¡Corazón de Jesús, en Vos confío! ¡Virgen del Perpetuo Socorro!... Sobre el costillar prominente y el cuello bailaban los machetes con secos golpes".

El sacerdote sintió de repente que la vida se le escapaba veloz. Los ojos se oscurecieron y un silencio zumbante le arrobó el ánimo desalada. Sintió que la cabeza se doblaba como tallo partido y un flujo tibio, acariciante, comenzó a correr con inquieto cosquilleo".

"Las secas arenas burbujeaban humeantes con el riego misterioso que temperaba sus ardores".

Ante la consumación del nuevo atentado sacrílego y haciendo un esfuerzo supremo, el padre Múnera se arrastró hasta el sagrario. No quedaba ya quién defendiera la santidad del sacramento y había que dar al nuevo mártir el consuelo de las postreras visitas eucarísticas. Entre las manos sangrantes y sostenido por el brazo nervudo de un amigo, se abrió la solitaria y silenciosa procesión. La esquila que tintineaba en las salidas del Amo se agazapaba muda en el rincón de la dormida sacristía y la farola del viático no tuvo arrestos para alumbrar la hora sombría, oliente a catacumbas. Ya en la casa cural a medio arrodillarse, los dos heridos consumieron todas las hostias".

"Ambos habían de sanarse mutuamente los vicios rastros de culpas con el aceite de las finales purificaciones del sacramento de la extremaunción. Y así los dedos del uno, sucesivamente, grabaron en la frente del otro el sello de la cruz, humedecido en óleo de sangre, mientras asomaban a los párpados lágrimas en que navegaba la luz de una dulce ternura y en la palabra tiritaba la fórmula sacramental:

"Por esta santa unción y por su piadosísima misericordia, te perdone el Señor todo lo que delinquiste".

"Hombres amigos se arrimaron atolondrados a un rincón del cuarto, silencioso y confusos. Los dos sacerdotes, extendidos sobre el duro camastro, purificaron uno tras otro sus almas en las confidencias de la confesión y las manos, hechas filtros que destilaban sangre, se movieron lentamente al compás de la seguridad del perdón:

"Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

"El drama prosigue. Adentro, el silencio condensado en dolor y en oración; afuera, el grito de los altavoces de los radios, desgañitado y enronquecido: '¡A las armas, liberales de Colombia! ¡Es la revolución del pueblo y por el pueblo!'. La vociferación tumultuaria coreaba por las calles sombrías, entre emanaciones de ron. '¡Viva el partido liberal!' "

"Es media noche. Los padres mueven los labios en el ritmo de la oración. De repente, el alud rueda de nuevo con estrépito. La gritería se escucha como tempestad que baja desde la cumbre, arrolladora, desbordada, infernal. Los machetes golpeaban sobre las endebles cerraduras y los barrotes de las ventanas se retorcían en los maderos. El hierro de los techos se estremecía con el sacudimiento de los muros de bahareque. Los fogonazos de los disparos lanzaban sobre los campos despavoridos ecos de muerte".

"Arrastrándose sobre el suelo, huyeron los padres, ayudados de los acompañantes, a asilarse en el patio interior de la casa".

"Media hora después renacía el silencio. Pero estaba escrito que, en la trágica noche del 9 de abril vivida en Rioviejo, las interminables angustias habrían de rebotarse en el alma de los misioneros...".

“Con redoblado furor volvió el ataque. Lo protagonizaba un oscuro asesino, quien, con grotesco desenfado, marchaba adelante de la turba de forajidos, blandiendo su largo machete. ¡Era un héroe de la revolución liberal!”

Sobre el cementado de las aceras se estrellaba el filo de los machetes. Las puertas crujían vencidas por el brutal empuje y volaban en astillas”.

“—¡Yo —rugía el jefe— pido la cabeza del padre Múnera! ¡Viva el partido liberal ¡Quiero beberme la sangre del hipopótamo Melo!”.

“Una voz gritó alarmada: —¡Llega gente goda de Norosí!”.

“¡Y aquellos valientes revolucionarios corrieron a esconderse despavoridos! Y el poblado quedó náufrago en sepulcral silencio”⁷¹.

Dios, en sus providenciales designios, concedió la vida a los dos padres javerianos; pero en sus frentes sacerdotales brillará por siempre la aureola del martirio.

¿Quién no recuerda cómo el venerable anciano expárroco de Sincelejo, reverendo padre Aldana, rendido en el lecho por su ancianidad octogenaria y los reumatismos, fue apaleado sin piedad por la turba roja hasta dejarle como muerto?

¿Quién no recuerda el intento de asesinato de los padres salesianos de San Roque en Barranquilla? La prisión del reverendísimo señor prefecto apostólico y los padres de Barrancabermeja, la amenaza de muerte y los golpes a ellos propinados?

¿Quién no recuerda la prisión de los padres lazaristas de Bogotá y los crueles sufrimientos y el terror a que se vieron sujetos?

¿Quién no recuerda las injurias irrogadas a innumerables sacerdotes, religiosos y monjas de toda la República y el sacrilegio de vestirse de sacerdotes los francotiradores para que cayera sobre el clero, por esa calumnia, el furor de los amotinados?

¿Quién no recuerda el incendio y la destrucción de la Escuela Apostólica de la Catedral Primada, del Instituto La Salle y de la Javeriana Femenina?

¿Quién no recuerda las piras en que ardieron los ornamentos e imágenes sagradas y las profanaciones de las vestiduras del excelentísimo señor nuncio y del excelentísimo señor primado con que adornaron sacrílegamente sus cuerpos mujeres viles de la capital?

2.º *Del 9 de abril de 1948 hasta hoy*

La semilla de odio a Dios y al sacerdote y al orden sobrenatural, sembrada en los 16 años de gobierno ateo, siguió produciendo sus frutos de maldición, aun después del triunfo de las derechas y del restablecimiento del gobierno católico en 1946.

71 *Revista Seminario de Misiones, N° 10, pp. 12 y s.*

El año de 1950 fue un año trágico para la Iglesia y de martirio para dos de sus sacerdotes y miles de fieles.

Las altas esferas del partido de izquierdas difundieron sus consignas, repartieron cuantiosas sumas de dinero y las armas homicidas con que han venido convirtiendo en campos de muerte y desolación varias comarcas de la patria, entre ellas los Llanos Orientales y el occidente antioqueño, donde fueron asesinados con caracteres horripilantes el reverendo padre Luis Mariano Torres, montfortiano, y el señor presbítero Jaime Castillo, de la Diócesis de Antioquia.

E- Martirio del reverendo padre Luis Mariano Torres

Era el 29 de marzo de 1950. En el pueblo de El Engaño, adonde había llegado la víspera el padre Torres a sus ministerios sacerdotales, circulaban rumores de un próximo asalto por parte de las turbas rojas que realizaban en los Llanos Orientales sus sangrientas fechorías. El padre Torres, ordenado hacía solo seis meses, ardía en celo por las almas, por lo cual no le causaron temor los rumores circulantes de que la turba de malhechores se acercaba amenazante a la población. Por eso no quiso dormir en casa extraña sino en la casita cural, persuadido de que para él, sacerdote del Señor, no había peligro alguno.

A las 5 de la mañana, los rojos rodearon el pueblecito y en número de 150 bien armados entraron destruyéndolo todo con bombas de dinamita que estallaban causando espanto en toda la comarca. Los bandidos se dedicaron al saqueo, al asesinato de los conservadores y a la destrucción por el fuego. Un grupo se dirigió a la casa cural y, después de herir al muchacho que acompañaba al padre, a eso de las 8 de la mañana, sacaron al sacerdote con las manos atadas a la espalda. En la plaza, el padre habló a sus verdugos en tono bondadoso. Los asesinos se reían de él y le pasaban ante los ojos cuchillos brillantes en que se quebraban los rayos del sol, para aterrorizarlo. A poco se oyó una detonación: un impacto mortal en la mejilla del padre le derribó en tierra. Como chacales se arrojan sobre el cuerpo venerado del moribundo, arrebatándole todo cuanto llevaba consigo: zapatos, reloj, anteojos, breviario y camándula y su humilde sotana. Luego, la más horrorosa y sacrílega mutilación. La camándula fue a adornar el cuello de un asno. Una mujer compasiva cubrió con un encerado el cadáver del bendito sacerdote.

Así sacrificaron hace apenas 11 meses los secuaces de un partido anticristiano que, sin embargo, se dice católico, al más joven de los padres misioneros montfortianos de Colombia. Murió en la semana de Pasión, fue ligado como su Maestro y despojado también, después de ser el ludibrio de una turba que se ensañó contra todo lo de la Iglesia: las imágenes, sacristía, casa cural, incendio de la iglesia y sacrificio del joven pastor que en su corazón generoso había anhelado servir en aquel mismo lugar y que ante el peligro prefirió afrontarlo a salir huyendo, porque creyó le habrían de respetar y podría así evitar desastres para ese caserío infortunado.

La iglesia fue incendiada, los santos abaleados, la casa cural saqueada, rotas con hacha y culata las puertas sagradas.

De esta consigna diabólica y plan de acción liberal-soviética, que ya conocíamos desde octubre de 1949, con ocasión de la última Conferencia Episcopal, con todos sus espeluznantes y sacrílegos detalles, convenidos en determinadas tenidas comunistas, para eliminar el clero y las autoridades, profanar las vírgenes de Cristo y martirizar a cuantos están afiliados al partido conservador, ha formulado denuncia categórica el señor gobernador de Antioquia en su mensaje de año nuevo, de este año de 1951, que a la letra dice:

"Este gobierno, desde su iniciación, se encontró asediado por graves e inexplicables problemas de orden público, que han embargado gran parte de su tiempo y toda su preocupación. A partir del mes de julio de 1950, una legión de vándalos se ha esparcido por algunas regiones del departamento, selváticas y semidespobladas, y cometido atropellos y crueldades inenarrables, al parecer obedeciendo a consignas salvajes de violencia y de exterminio, dirigidas contra determinado grupo de la sociedad y contra las autoridades civiles. A manos de tales forajidos han perecido varios centenares de campesinos honorables, asaltados sorpresivamente en sus bohíos, o asechados, sobre seguro, desde la selva; y es así como una multitud de familias, huérfanas de sus jefes y hermanos, aterradas por la fiera de los ultrajes y amenazas de muerte las que logren subsistir, han huido a los poblados cercanos, hambreadas y macilentas, abandonando su hogar y sus pequeños patrimonios a cambio de sus vidas. No solo se ha perseguido y asesinado sin piedad, sino que se les han robado enseres y elementos que aseguraban su subsistencia, destruido sus sembrados en arrebatos de locura vengativa e impedido el logro de importantes cosechas que afectan la riqueza pública, porque han ahuyentado los brazos que podían recolectarlas".

"Para mayor desgracia, serios indicios permiten creer que desde esferas elevadas de la sociedad han partido iniciativas y estímulos que alientan esta racha esencialmente antipatriótica y destructora. El país tendrá derecho de responsabilizar por tales hechos a quienes no solamente no los han impedido, estando en condiciones de evitarlos, sino que los han tolerado complacidos, y quizás inspirado".

De esta inspiración y excitación desde altas esferas al exterminio de los conservadores y de la ayuda económica a los asesinos y ladrones, ¿quién podrá dudar? Pero la impunidad se campea todavía tranquila y osada, no obstante los esfuerzos del Gobierno para reprimir tanto crimen.

Cuando, en septiembre del año pasado, visitamos el Bajo Cauca, azotado por los bandoleros rojos del occidente antioqueño, ante la horrenda sevicia de los ejecutores de estos crímenes, dirigimos al señor gobernador el siguiente telegrama:

"Caucasia, agosto 25 de 1950. - Gobernador. - Medellín. Aquí visitando estos campos desolados, todavía amenazados; manifiéstole urgente necesidad castigo ejemplar autores intelectuales tantos horrores, quienes sentados tranquilamente en sus butacas excitan a la subversión por medio de prensa, hojas sueltas, emisarios secretos. Infórmenme toda región occidental Antioquia, hoyas Sinú, San Jorge, desde sus nacimientos, desde donde rebotan hasta estas laderas norteñas, encuéntranse innumerables núcleos armados, esperando hora oportuna repetir fecharías diversos lugares".

"Atrévome a preguntar su señoría: ¿grandes criminales, azuzadores culpables estos horrendos asesinatos, saqueos, indecibles sufrimientos que estoy contemplando quedarán sin castigo en sus fortalezas capitalinas, desde donde excitan sin peligro personal? Merecen sin contemplación castigos ejemplares".

"Atentamente,
Obispo Builes".

Mas, como la justicia cojea, los instigadores prosiguen tranquilos meciéndose en los sillones de su prepotencia y sus comodidades, mientras millares de hombres, mujeres y niños derraman su sangre formando con ella torrentes y lagos, heridos de muerte por la bala, el machete y el puñal rojo de sus propios conciudadanos.

F- *Martirio del señor presbítero Jaime Castillo, en San Juan de Urabá*

“Era el 30 de julio de 1950. Ordenado 9 meses antes de su muerte, salió como verdadero apóstol de Cristo a regar la semilla del Evangelio a la parroquia de San Juan de Urabá, no lejos de las orillas del mar Caribe. Allí, como coadjutor del padre Osorno, ejercía su ministerio con verdadero celo; predicando el bien y el amor al prójimo, recorría incansable todos los lugares, donde era recibido con cariño por los feligreses. Era compañero del padre Francisco de Paula Osorno. Este, al observar cierto malestar beligerante entre los habitantes, juzgó prudente ausentarse y entonces dejó como encargado de la parroquia al padre Castillo, quien en la mañana del 30 de julio de 1950 celebró en Santa Catalina, jurisdicción de San Juan de Urabá, un matrimonio, y con motivo de este, había alegría y entusiasmo en la casa de los novios. Allí estaba el padre Castillo. De repente fueron asediados por más de medio centenar de bandoleros, quienes portaban banderas rojas y gritaban energúmenos: ¡Viva el partido liberal! ¡Viva el comunismo! Al oír esto, las gentes de la casa huyeron despavoridas y otras quedaron heridas. El padre Castillo, al ver esto, cerró las puertas, mas los bandoleros les pusieron fuego; entonces el padre les abrió y salió con los brazos arriba implorando misericordia y en voz alta les decía: ‘¡Hijos míos, no hagan eso!’. Inmediatamente el comandante de los forajidos gritó también: ‘¡Maten ese cura!’. Se oyó un disparo y el padre Castillo –árbol de piedad y de virtud– se desplomó; se abalanzaron sobre él como hienas, le dieron otro balazo en el pecho; le cortaron las manos y, viéndolo en la agonía, le arrojaban pañuelos y en tono de mofa le decían que se enjugara la sangre. ¡Qué ironía y qué maldad! Cuando ya satisficieron todos sus instintos salvajes, quemaron su cuerpo y hecho fuego le arrojaron al río San Juan. Este acto de barbarie ocurrió en tierra antioqueña el domingo 30 de julio de 1950, con uno de los apóstoles de Cristo. Hecho esto, las hordas de los atilas modernos siguieron a El Carmelo, donde atacaron a las autoridades y asesinaron a otros ciudadanos; en fin, llegaron a San Juan de Urabá en número de 600, cuyos jefes tenían especiales insignias; saquearon la iglesia, la casa cural, el convento de las hermanitas misioneras y se adueñaron de la población. Así procedieron los hombres que desde las capitales dirigen los ciudadanos civilizados del siglo veinte”⁷².

Un señor de los que estaban presentes en las bodas y presenció bajo unos matorrales el horrendo sacrilegio nos decía en Sevilla, el 6 de diciembre último: “El relato se quedó corto, excelencia: yo les vi cometer otros horrores e infamias que la lengua se niega a relatar”. Habían cometido con él otras mutilaciones atroces “que la lengua se niega a relatar”. Esta es la consigna dada por las altas directivas del liberalismo comunista.

G- *Martirios de innumerables conservadores. Hombres, mujeres y niños*

De la horrenda crueldad de los sicarios del liberalismo ha sido testigo toda Colombia; pero de manera especial los Santanderes, de 1930 en adelante, como ya lo hemos dicho, y, en los últimos años, los departamentos de Caldas, Valle, Tolima, Boyacá, Bolívar y Antioquia. En todas partes, los asesinatos de familias enteras, con caracteres de verdadero sadismo, prueban de qué es capaz el liberalismo comunista criollo, que no respeta ni la vida ni el honor ni los bienes de los asociados, ni tiene fe, ni le importan nada los derechos de la divinidad y de la religión.

72 *La Defensa*, Medellín.

- Como prueba de ello, entre millares de hechos de inconcebible y pavorosa crueldad, citamos algunos de los ocurridos a fines de 1950 en este departamento y en la Diócesis.

Caucasia y en Sevilla, de la Diócesis de Santa Rosa de Osos; Betulia, de la Diócesis de Jericó; Aquitania y Cocorná, de la Arquidiócesis de Medellín. En cuanto a la Diócesis de Antioquia, solo México y España se le pueden comparar.

1. *En Caucasia.* Del 5 al 7 de agosto de 1950 estalló la que en Bajo Cauca se llamó la guerra de Caucasia, que consistió en los más salvajes asesinatos de autoridades y conservadores y en el saqueo de los almacenes y casas conservadoras, al grito de "¡Viva el partido liberal!".

De los innumerables asesinatos, plenos de sevicia y de barbarie cometidos en Caucasia, relatamos solo uno, el de don Alejandro Misas, para que se vea qué saña diabólica ha guiado en estos últimos acontecimientos al partido liberal.

Doña Petra, esposa de la víctima, nos relata, entre lágrimas e incontenibles gemidos, la dantesca y diabólica escena en que fue ultimado su esposo, venerable anciano de 70 años, por esa turba sanguinaria. Fue muy breve el relato de la inconsolable y casi enloquecida mujer.

"Diéronle una patada atroz en el bajo vientre, por conservador: ese era su crimen. Abriéronle dos hernias que sufría y le sobrevino peritonitis aguda. El padre lo administró. Ya estaba lívido y casi en los estertores de la agonía entre mis brazos, cuando llegó de nuevo la chusma roja y lo arrebataron de mis manos y le fueron cortando a pedacitos los pies y las manos ante mis ojos aterrados; sin escuchar mis gritos, sacáronle fuera, y qué horror, padre querido, le cortaron de un golpe la cabeza y luego la partieron en dos tapas dizque para beber aguardiente en ellas. A mis gritos de dolor, contestaban con malas palabras e insultos soeces. Luego le pusieron en ambos bolsillos del pantalón dos tacos de dinamita y voló mi marido en pedazos, que recogieron en seguida y arrojaron al río". Terminó la Señora con un grito en –espasmo de dolor.

¿De modo que no le tocó a su esposo ni el cementerio?, le pregunto.

–A nadie, padre.

Y, en efecto, en esos días trágicos, el río se tiñó de sangre y bajaban por decenas los cadáveres; los gallinazos iban comiendo el manjar humano sobre los cadáveres flotantes. Una señora de Neiva (pueblito al norte de Caucasia) me dijo: "En un solo día vi desde la orilla bajar diez cadáveres". ¿Cuántos arrojarían en los tres días rojos? Un policía recogido en Nechí presentaba 27 machetazos y tres balazos. ¡Cuánta sevicia!

2. *En Sevilla (Antioquia).* Martirio de don Juancho Gutiérrez, exinspector de policía de dicho lugar, ocurrido en septiembre de 1950.

En número de 16, los asesinos rojos, al mando de un jefe que dijo apellidarse Villamil; estos hijos de la iniquidad llegaron a la casa de don Juancho, que vivía cristianamente con su madre anciana y dos hermanas ya maduras, a quienes ayudaba para su subsistencia. Iban dirigidos por un muchacho liberal, a quien hubo de meter don Juancho a la cárcel varias veces porque era verdaderamente pernicioso, buen alumno de la escuela de su partido. Cuando llegaron, armados de fusiles, machetes y puñales, los dueños les dieron la casa franca. No obstante se abalanzaron como fieras sanguinarias contra don Juancho. La anciana madre se abrazó con su hijo, llorando a gritos porque abarcó la tragedia; una de las hermanas sacó

de su caja las economías de años, \$800.00, y se los presentó rogándoles que los recibieran en rescate de su hermano. Arrebatáronle el dinero, pero no soltaron al hermano.

Las tres están abrazadas a la víctima. Los culatazos llueven sobre ellas que, vencidas, caen a uno y otro lado. La pobre madre está loca desde ese instante. Ahí mismo empezó el calvario más atroz, hasta un poco semejante al de nuestro Señor. El crimen de don Juancho era ser conservador y amar a Cristo y a los sacerdotes. A empellones lo obligaron a seguir adelante cargado con los fusiles y pertrechos, de modo que no podía siquiera andar. Para que el tormento fuera superior, lo descalzaron obligándolo a caminar así por esos pedreros y cascajales del camino que lleva de Sevilla a Canoas, vía Medellín. Pronto, los pies empezaron a manar sangre, hasta la primera posada. Allí hicieron preparar comida y al infeliz lo amarraron a un poste con las manos atadas atrás. No permitieron que la dueña de casa le diera ni siquiera un vaso de agua; en cambio, le arrojaron al rostro los sobrados de los alimentos de ellos, diciéndole que comiera si era mucha el hambre.

Pueden imaginarse los lectores qué noche pasaría esta víctima de la barbarie roja. Al día siguiente se recrudecen los tormentos. De nuevo le atan las manos atrás, le cargan los fusiles y empieza la marcha. Sobre los hombros del desgraciado van montados por turnos estos esbirros que le espolean sin piedad, diciéndole las más atroces palabras, e injurias de todo género, cuesta arriba.

—¿Te pesa mucho la ropa? —le dice uno de ellos y quizás el “Villamil”, y acto continuo le despojan de todos sus vestidos absolutamente. Como le han desollado cruelísimamente las plantas de los pies y no puede andar, menudean sobre el cuerpo desnudo del infeliz los latigazos que rechinan en la carne desnuda. Palos chuzudos que le empujan, patadas y puñetazos que le descargan con furor: “Godo tal y cual” es la frase que vomitan todas esas bocas. Así llegan a la posada de Canoas, en la cumbre de la cordillera. ¡Cómo iría el desgraciado! En esas se oyen detrás los disparos de la policía.

Al sonido de los disparos lejanos apresuraron la consumación del crimen. En el mismo camino, apenas a la orilla de las rastrojeras, le irrogaron la mayor de las injurias a un hombre, lo que no puede siquiera nombrarse, pero que es consigna rojo-comunista; le desollaron el cuero de la cabeza y le clavaron dos espantosas cuchilladas en el pecho, a uno y otro lado. Y cuentan que le iban hundiendo lentamente los puñales para aumentarle su tormento y luego revolvían con furia diabólica el cuchillo, lo que se deduce de la anchura y sajaduras de ambas heridas.

¿Quién podrá decir que es bueno el liberalismo que a tales crímenes lleva? ¡Qué sadismo diabólico; qué infierno en la tierra es el liberalismo-comunista! A los 17 días encontraron el cadáver, que se anunció por su descomposición, aunque estaban íntegros los miembros. A un lado, tirada, encontraron la piel de la cabeza.

3. *En Betulia*. Entre incontables asesinatos cometidos en todo el occidente antioqueño con los más horripilantes caracteres de crueldad, transcribimos el siguiente, de una carta recibida hace poco.

“Era un buen cristiano. Los verdugos le cortaron las orejas, luego la nariz, en seguida los labios, las cejas y los párpados, quedando los dientes y los ojos horripilantemente descubiertos.

Como se retorciera de dolor los esbirros le derribaron y le desollaron toda la piel del rostro y por fin le asesinaron”.

¿Por qué esta sevicia?, preguntamos. ¿Quién les ha indicado a estos verdugos los mismos procedimientos en todos los rincones de Colombia con hombres, mujeres, niños y sacerdotes del Altísimo? Todos los relatos son uniformes al describir el sadismo, la sevicia inconcebible. Que si les asesinaran de un golpe certero, no sufrirían las víctimas tan crueles martirios y dolorosas agonías. Muchos han sido asesinados a pedacitos, como acaeció por ejemplo al registrador de Cauca en agosto último, cuando a machetazos le iban destrozando primero las manos, luego los pies; y, al clamor del infeliz de “mátenme de una vez”, contestaban burlándose: “Queremos que sufras”.

Por ventura, ¿se registran estos hechos entre los salvajes? ¿O siquiera entre los caníbales? ¿Qué deidad diabólica cierne sus negras alas sobre Colombia? ¿En qué país del hemisferio occidental o en el mundo entero se registran semejantes crueldades obedeciendo a una consigna infernal? En ninguna parte. Solo en Colombia están ocurriendo tan abominables hechos. Violaciones de las vírgenes y de las mujeres que caen en las garras de estos vampiros de la virtud; profanación y muerte de los sacerdotes; miembros mutilados, lenguas y ojos arrancados, extremidades cortadas por partículas, entrañas abiertas a barbera y machete, cabezas cortadas, pies y rostros desollados; hombres, mujeres y niños crucificados, bienes materiales robados o reducidos a pavesas; templos, imágenes, objetos sagrados sacrílegamente profanados. El infierno en la tierra, sin mano fuerte que contenga eficazmente la avalancha y vengue la justicia de tan horrenda manera violada.

4. *En Cocorná, Aquitania y Puerto Triunfo*, treinta y siete personas fueron crucificadas y decapitadas por los bandoleros liberales, por los meses de septiembre y octubre de 1950. Mujeres y niños, víctimas de la violencia y la barbarie. En diciembre del año pasado trae la prensa la información. La comisión de la policía que se encargó del restablecimiento del orden en Cocorná, Aquitania y Puerto Triunfo hizo el hallazgo macabro. Atados a los árboles estaban los 37 cadáveres. Pero no son 37 no más, como se desprende del siguiente informe:

Más de 37 cadáveres, comidos por los animales y crucificados en los árboles, encontraron los agentes y, según entiendo, en la región llamada Doradal las víctimas suben a crecido número, pues allá no se puede llegar por lo escabroso del terreno y la falta de medios de comunicación”.

“La comisión de agentes encontró los cadáveres de 37 personas asesinadas por los bandoleros. Estos cadáveres de hombres, mujeres y niños se encontraban atados a los árboles y decapitados”.

“Mayor Arturo González Arcila, comandante de la División Antioquia”.

Llamamiento del cielo

La Virgen de Fátima y el mismo nuestro Señor piden instantemente oración y penitencia, pero el mundo no quiere atender su divino llamamiento y prosigue preocupado tan solo de su propio orgullo, de las comodidades y riquezas, de la sensualidad bajo todos sus aspectos. Colombia se ha trocado, en gran parte, en un pueblo indiferente y despreocupado de lo divino y se ha entregado locamente a la embriaguez, a la deshonestidad, a las diversiones mundanas, a la matanza de hermanos y al bandolerismo. Reconocemos que hay mucho bueno, pero confesamos que el mal azota como un alud todos los rincones patrios.

¿Cuántos millones de pesos se gastaron en licor en el solo mes de diciembre, cuando las dulces fiestas navideñas se han convertido en impúdicas orgías y borracheras detestables? El año han de terminarlo muchos falsos cristianos en medio de bailes y francachelas y empezar el que sigue con besos de despedida y de saludo, ósculos que tienen su hondo significado de carnalidades mundanas, en vez de terminarlo en oración y penitencia. Por eso Dios descarga sobre nosotros su brazo airado. Procuremos nosotros calmar la divinidad con oración y penitencia.

En nombre de la ley santa de Dios escarnecida y de la santa Iglesia, cuyos hijos inocentes van cayendo segados por la racha de la más refinada crueldad; en nombre de la patria ensangrentada y de la parte sana de sus hijos; en nombre del clero y en unión con los venerables sacerdotes que reunidos en Bogotá hicieron público su dolor y su protesta en hoja publicada el 11 de noviembre del año pasado y difundida por toda la nación; en nombre nuestro, en fin, y de nuestro clero y nuestro pueblo, elevamos nuestra voz de protesta por los horrendos asesinatos de los sacerdotes nombrados en esta pastoral y de los millares de almas inocentes que han derramado su sangre y rendido su vida entre las manos criminales de los asesinos liberal-comunistas de nuestra pobre patria.

Y os invitamos, amados hijos nuestros, a prepararnos para la oleada de persecuciones que se avecinan para la Iglesia oriental, primero, y para nosotros después.

“En un frente unido, constituido recientemente bajo el patrocinio de Moscú, se desarrollará la lucha del ateísmo rojo contra la Iglesia de Roma”, dice un alto prelado de la Iglesia oriental.

“Las armas serán el engaño y la astucia, las acusaciones preparadas y los procesos simulados”.

“Las instrucciones del Kremlin comprenden seis actividades principales:

- 1.^a Separar a los fieles del clero y a este de sus obispos.
- 2.^a Acusar al clero de los más horrendos y nefandos crímenes.
- 3.^a Establecer la lucha de clases dentro del mismo clero, de los que tienen contra los que no tienen.
- 4.^a Apoyar las minorías religiosas de todos los países contra la religión dominante.
- 5.^a Controlar todos los asuntos eclesiásticos.
- 6.^a En seguida eliminar todas las órdenes y sociedades religiosas”.

“Esto último ya se ha realizado en todos los países orientales dominados por Rusia, mediante el asesinato, la prisión o la deportación de cardenales, obispos y sacerdotes; y la oleada viene hacia el Occidente como alud desencadenado”⁷³.

Dada en Santa Rosa de Osos, firmada por nos, sellada con nuestro sello mayor y refrendada por nuestro canciller a 11 de febrero de 1951, día de las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

⁷³ El Siglo, 18 de enero de 1951.